

Federico Mayor Zaragoza

Los invisibles

Sólo en la medida en que seamos capaces de ver los invisibles seremos capaces de hacer los imposibles

Bernard Lawn
Premio Nobel de la Paz, 1985

Por los medios de comunicación nos enteramos, lógicamente, de lo insólito, de lo extra-ordinario. No tiene que extrañarnos, ya que la misión de los periodistas es describir lo más fidedignamente posible lo que sucede, el acontecimiento. Y todo lo ordinario, lo normal, permanece en la sombra, invisible, no revelado. Nuestra conducta es la reacción a lo que acabamos de conocer, sin darnos cuenta de que es sólo una parte, a veces muy pequeña, del conjunto. Es como si de un gran cuadro sólo fijáramos la atención en unos pocos centímetros cuadrados. Por eso, para esclarecer tantos horizontes sombríos y tantos espacios confusos, es necesario esforzarnos en ver los invisibles, en saber qué sucede de ordinario en el mundo. Y sólo entonces seremos capaces de actuar serena y lúcidamente.

Como científico, sé que es esencial ir más allá de las apariencias epidérmicas y conocer la realidad que subyace. Sólo si descubrimos la realidad en toda su extensión y profundidad, si somos capaces de des-velar la urdimbre de la vida cotidiana, su tejido denso y complejo, podremos transformarla. En otro caso, nuestras reflexiones, diagnósticos y tratamientos serán parciales, incompletos. Tenemos que aprender a mirar, a adentrarnos valientemente en las sombras. Mirar de otro modo: utilizar la experiencia de quienes pueden ayudarnos a observar.

Mueren 35.000 niños al día de enfermedades ya curables y susceptibles de prevenirse. En una coincidencia espeluznante, unas horas antes de que contemplásemos atónitos los terribles actos terroristas suicidas del 11 de septiembre del 2001 y nos uniésemos todos, salvo unos pocos desalmados, a las víctimas de aquellos ataques abominables, el director general de la FAO había anunciado que el número de personas –todas iguales en dignidad– que mueren de hambre al día podía establecerse alrededor de 60.000! No se ven. Mueren de olvido, sigilosamente. Invisibles y ocultadas por un mundo que gasta tres mil millones de dólares al día en armas... y que ahora, si el disparate de los escudos antimisiles se consume, con la anuencia de Europa, todavía se incrementarán.

Los medios de comunicación ponen de relieve, de vez en cuando, el nacimiento de niños notorios. Cada día llegan a la tierra más de 150.000 niños. Su número ha decrecido sustancialmente en las últimas décadas, debido sobre todo a la educación, la mejor forma de contención demográfica. Todos estos niños, con algunas excepciones, son invisibles. Y, sin embargo, éste –y no otros!– es uno de los principales desafíos: ¿cómo recibir con la dignidad que les es propia a todos ellos? Éstas –y no otras– son las cifras que deberíamos retener en nuestra conciencia.

La prensa destaca a los acaudalados que deciden exiliarse a la llegada al poder de gobiernos dispuestos a distribuir mejor las riquezas nacionales, a emanciparse de la situación de democracias tuteladas por las

grandes potencias. Y describen la gran contrariedad de los inversores, cuyos negocios deben ser debidamente salvaguardados por las metrópolis. Son los visibles. Pero no refieren simultáneamente lo que representan los millones de ciudadanos que debieron abandonar sus empobrecidos países de origen para buscarse la vida, silenciosamente, inadvertidamente, en los países más prósperos. Son los invisibles.

Invisibles los hambrientos, los menesterosos, los marginados, los excluidos. Invisibles, en mayor medida que los hombres, las



ASTROMUJOFF

mujeres. Invisibles los cientos de miles de cooperantes que cumplen su misión humanitaria ejemplarmente. Visibles, sin embargo, aquellos para los que la visibilidad constituye un excelente negocio.

Se arma gran revuelo con las imágenes de musulmanes indignados protestando violentamente por las caricaturas ofensivas del profeta Mahoma disfrazado de terrorista. Son los visibles. El 97%, según estudios realizados, siguieron –algunos de ellos muy agraviados– viviendo normalmente. Son los invisibles.

Se rinden honores ante la tumba del soldado desconocido. Se depositan coronas de flores frente a la llama permanente que representa miles de vidas, miles de sufrimientos.

¿Cuántos civiles han muerto en los últimos episodios de guerra y enfrentamientos?... son los invisibles

tos para un sinfín de familias y amigos. Son los invisibles. ¿Cuántos civiles han muerto en los últimos episodios de guerra y enfrentamientos? Los soldados de un lado se cuentan. Los otros se estiman. Los civiles se ocultan. Son los invisibles.

Como en otras muchas partes del mundo, pero quizás más por la inmensa cantidad de seres que habitan en la penumbra de la fábrica global en la que se está transformando China, centenares de millones de mujeres y hombres trabajan en condiciones laborales deleznable mientras las contrapartes de los globalizadores miran hacia otro lado. Todo vale. Lo importante es el

negocio, los réditos que se obtienen por los productos, sin que importe saber cómo se han fabricado. Sin que se vean los invisibles.

El medio ambiente sólo es visible cuando suceden grandes catástrofes. Al verlas, se produce una reacción generosa de la gente que, después, sigue aceptando lo que no ve: la producción de gases de efecto invernadero, los barcos petroleros lavando sus fondos en medio del océano, la deforestación, el incumplimiento de los criterios ambientales por quienes, obcecados por intereses a corto plazo, no piensan en las generaciones venideras. Todos reaccionamos generosamente a la vista del tsunami a finales del año 2005 (por cierto, ¿cuál fue la contribución de las grandes corporaciones empresariales y financieras?), pero pronto volvimos a la rutina cotidiana, cada uno a su afán, distraídos, mientras la vida transcurre inadvertida.

Es preciso des-cubrir a los ignotos, a los ignorados. Es necesario movilizar a los medios de comunicación. Pedirles a los muchos periodistas que conocen bien la relación entre los visibles y los invisibles que no sólo describan sino que también escriban. Y así, a la información que relata lo sucedido se unirán las distintas apreciaciones que sitúen adecuadamente los ámbitos de lo acaecido.

No más silencio. Personal, pero sobre todo, institucional. Las universidades y comunidades científicas no pueden convertirse en cómplices. La palabra clave es implicarse, es darse cuenta de que podemos cambiar el curso de los acontecimientos. Sólo cuando se conozcan bien los invisibles los ciudadanos hoy todavía invisibles podrán manifestar sus opiniones, podrán actuar, podrán convertirse en auténtica realidad cívica.

La indiferencia y la ignorancia son grandes retos a los que debemos hacer frente. “Participo, luego existo”. Participemos, existamos como ciudadanos comprometidos. Hoy es tecnológicamente posible, lo que constituye un gran paso para la democratización a escala mundial, la manifestación no presencial, la contribución de nuestros puntos de vista a través de internet y de la telefonía móvil.

Los invisibles –ésta es la gran novedad de nuestro tiempo– van siendo progresivamente conscientes del poder ciudadano, de tal modo que es posible que, en pocos años, empiecen a dejar de serlo. Todo ello, junto a una mayor significación social de la mujer, hará posible el tránsito desde una cultura de fuerza, imposición y dominio a una cultura de entendimiento y conciliación, desde unas democracias formales con núcleos de poder autoritarios y esquivos a democracias genuinas. También a escala internacional, las Naciones Unidas darán cumplida respuesta a la Carta: “Nosotros, los pueblos...”, y no tan sólo los estados.

Ahora, siguiendo el ejemplo de Al Gore con *Una verdad incómoda*, sobre la situación del entorno ambiental (“ojos que ven, corazón que siente”), tenemos que presentar la otra verdad más incómoda todavía: la situación de la especie humana, de la gente. De todos y no de unos cuantos. De todos los que pueblan la tierra, su casa común. Como ha escrito el obispo Pere Casaldàliga en uno de sus poemas: *La tierra de los Hombreres / que caminan por ella / a pie desnudo y pobre. / Que en ella crecen, de ella, / para nacer con ella / como troncos de espíritu y de carne.*●

Baltasar Porcel



Sonrisa con Dionisio

Quien se interese por la España y la Catalunya culturales y políticas de los años 40, con sus triunfos y represiones, lea la reedición de *Casi unas memorias* (Península), de Dionisio Ridruejo. Y no por las habituales chorradas de tanto libro que nos habla de ello como si se tratara del imperial y social gobierno de Disraeli, cuando fue un cúmulo de opresora y grosera mediocridad. Lo que puede repetirse de la bibliografía sobre la Guerra Civil, sórdida manzana ideológicamente bestia.

Pero el libro de Ridruejo, pese a estar en el meollo del tema, lo vadea con jugosa equidad. De los escritores falangistas de la época, y de los catalanes siempre entre dos aguas, da versiones ricas y matizadas, nada sectarias. Sean retratos de Eugenio Montes, Eugenio d'Ors, Josep Pla, J.R. Masoliver, etcétera. Así como de la situación cultural aquí en catalán y castellano, y del Madrid que digería el franquismo. Y emana de ello una insólita atmósfera de armonía, como si por debajo de la negra realidad cundiera una corriente positiva, mientras ahora la cosa se produce a la inversa: podemos tenerlo todo, y tenemos inquina,

Ahora es a la inversa, podemos tenerlo todo y tenemos inquina, necesidad y mendrugos

necesidad y mendrugos. Sin que sea que las cosas fueran así o resulten así, sino que Ridruejo las vivió y recordaba con espíritu solidario, muy humano y de alcance literario superando el político.

De Ridruejo me hablaban largo dos grandes amigos suyos: Josep Vergés, que lo tuvo en la revista *Destino*, y Ramón Serrano Súñer, que lo nombró jefe nacional de Propaganda o algo así en aquel efímero gabinete ilustrado que tuvo, único en un gobierno español de cualquier tiempo. Incluso embelesaba a ambos, más a Serrano por menos cicateo. Y que Ridruejo fuera un jerarca falangista convertido a la democracia interesa menos que su figura liberal y curioso. Y de nuestra relación (“joven argonauta”, me llama, en alusión a mi novela *Els argonautes*), divierte rememorar cuando, hacia 1970, presentó en Madrid (librería Rayuela, del periodista y hondo amigo M. Fernández-Braso) mi libro de entrevistas *Los catalanes de hoy*, versión castellana de *L'Àguila daurada*, reeditado también (Destino). Entonces Dionisio llevaba tiempo arrestado en su casa, y no sé cómo obtuvimos permiso para que viniera, pero en Rayuela habría 20 asistentes por 40 policias.

Aunque Ridruejo, escritor excelente, no fue un grande, le comenté cómo me decepcionaban sus dos gruesos tomos de *Guía de Castilla la Vieja*, muy minuciosos pero carentes de genio. Y así era su poesía. Véanse estos versos sobre el Escorial: “Monte ordenado en líneas de llanura, / ¡oh, gigante rendido a la armonía!, / mar y bosque de piedra bajo el día, / base de cielos en la noche oscura”... En fin, que no sé de nadie del ambientillo actual que alcance a Ridruejo, quien acaso fuera el último español que lo sintió en plural y creativo. Y resulta curioso: muerto el mismo año que Franco, éste se queda históricamente hundido, repugnante, mientras Dionisio nos sonríe en sus palabras, le sonreímos.●